

Familia ejemplar.

La escena es una pareja. Treintaytantos. En la playa. Tienen dos hijos, niño y niña. La niña es la mayor, viste un bañador rosita. El niño tiene unas bermuditas floreadas. Los dos están al borde del agua viendo como salen de ella sus padres embutidos en sendos trajes de negro ibuprofeno de los pies a la cabeza. La madre, a todas luces gorda, repretada en la ibuprofénica apretura, ya se ha quitado las gafas y sale la primera con ademanes urgentes y patosos contando ya lo grande que era no sé que pez que, aunque no logro oírla, entiendo sin duda se les ha escapado. Como de costumbre. Me digo. Y sigo observando tumbado al tórrido sol en mi toalla. Los dos portan sendos fusilacos de pesca submarina tan profesionalmente grandes como nunca había visto yo en vivo y en directo. Él sale más retrasado, y sólo después de cierta ceremonia de remoloneo dentro de las aguas. Preocupado en dar al acto la debida parsimonia y con las gafas puestas hasta el último momento. Cuando por fin saca el cuerpo del agua en su pantorrilla derecha fulgura en amarillo la empuñadura y funda de un puñal de ibuprofénico diseño pensado para poder llevarlo cómodamente adaptado por si un caso. El

amarillo chillón es para aumentar la estética y el flash. La incursión no ha sido ni demasiado larga ni por supuesto muy adentro. Los niños hacen esparajismos vocingleros que sin embargo suenan sin brillo, se ve que no son espontáneos, y denotan cierto aburrimiento de fondo repetido. De hecho enseguida se aplacan y se sientan en sus toallas a esperar que acabe la consabida ceremonia. Tras un rato de andar de aquí p'allá con todo el uniforme, él se quita la parte superior con los ademanes duros y secos de quién quiere dejar claro a la audiencia y a sí mismo lo ducho que es en la materia. No obstante se nota que le cuesta cosa mala. Después permanece así, sólo con lo de abajo, mariposeando afanoso concluyendo tareas que sin duda son menester al caso, como forma de sentir resaltado el torso que el cree mucho más metrosexual de lo que es, con dos enormes tatuajes de letras orientales en los deltoides de ambos brazos. Ella mientras se ocupa de la organización y lavado de la pesca. Tres pobres pececillos de no más de cuatro dedos de largo el más grande, colgando, eso sí, de una cuerdecilla y unos ganchitos del mismo disain ibuprofénico que el puñal y el resto del equipo. Él mientras tanto con el torso peludo y regodeándose en sentirse una especie de tarzán modelno y playero, aunque en el género de dentro de la norma de corrección de género, abraza con fuerza espasmódica metido en el agua hasta las ingles la bolla inflable que ha llevado atada al pie, o a la cintura, durante la inmersión, del mismo amarillo, y de la misma tienda, que el puño y la funda del puñal de la pantorrilla, como técnica tic de experto en desinflarla, acabada ya su importante misión de advertir de su presencia a posibles barcos y servir de punto donde dejar

las piezas capturadas. Por fin llega el momento de la desibuprofenización de ella. Lo hace apoyando el trasero en una roca y, como es lógico, con la ayuda de él, que ejecuta los tirones con amor pero con el mismo tipo de secos movimientos precisos y preaprendidos para fardar de entendimiento con los que está haciendo todo el rosario de quehaceres obligados desde que salió del agua. Con un ahorro total de cualquier gesto que pudiera parecer innecesario. Al fin quedan las blanquísimas carnes femeninas totalmente libres de su negro aprieto dejando bien clarito en su bikini de la talla del cuarenta, si ya se sabía que eran gruesas y grasas, que son además celulíticas de las de hoyos y barrancas.

De inmediato, durante un momentito, aún él con las prendas en la mano, se dan un besito o dos, componiendo figura. Ella recogiendo quizás una pata un poquito hacia arriba y él dándole a la aproximación de sus pectorales un toque aún más machofilmax pero sin salirse de norma. Una representación que más que demostración de erótica o cariño me parece formar parte del rito de culminación de la proeza que supone la inmersión bien hecha, y por fin acabada. Algo así como una forma de reafirmarse la veracidad de la felicidad que han extraído del uso de esas prótesis compradas contra un aburrimiento que en el fondo no hay forma de apañar.

Hechas estas cosas, él se quita por fin la parte de abajo y: a recoger. La ibuprofenia la mete él en un bolsón diseñado y comprado al efecto, con cuatro agarrones y cuatro sacudidas que me hacen pensar que piensa en lo que queda de coñazo a hacer en casa hasta que queden desaladas y secas para la próxima inmersión. El bolsón lo

pilla él a la espalda, en vertical, los demás bártulos y bolsas se reparten por cada miembro familiar, los fusiles se toman, como báculos que no sirven para ayudarse a andar pero sí para lucirlos a pesar de la carga a lo largo de toda la playa y ala, para arriba, con toda la calor.

Calor. Calentamiento Global. Horas de emisión de ceodós. Volvamos otra vez al juego de, ¡¿Cuál es la cifra justa?! ¿Cuántas han costado los ibuprofénicos equipos? Todas las de morochino sudoroso que van desde la obtención del acetileno necesario hasta la generación de la goma espuma ibuprofénica, que es tan contaminante que se suele hacer en Taiwán por asunto de legislaciones, y desde la creación del material hasta la confección del amarillo puño del puñal con su fijación a la pierna, que quizás se haga en China, que es donde la evolución del comunismo ha llegado a permitir mejores tasas de esclavismo. Pasando por los empaquetados, trasportes, publicidad venta y gestiones... y como siempre en este tipo de cálculos, no hay que olvidarlo, las de currele del par de gilipollas para ganar para comprárselos.

Qué despropósito ecológico tan grande para una pesca tan ridícula, si se mira desde el cacareo sostenible del puto desarrollo. Pero ese aspecto ahora mismo me la suda. Lo que me conmueve en el momento de esta observación es la cósmica pérdida vital irreparable que han provocado el par de gilipollas con su gilipollez, si se mira con los ojos de esos tres pobres pececillos que estaban tan a gusto y que han tenido que pagar hoy tan caramamente el tonto solaz de sandios tan grandísimos. Para ellos hubiera sido preferible que una mala corriente hubiera ahogado al par de humanos antes de disparar sus

juguetes contra su querido cuerpo. Cósmicamente hablando está claro que tanto debe de valer la pérdida humana como la teleóstica. Para mí, desde luego, si hubiera podido elegir en este caso, habrían sido el par de ellos los que hubieran palmado, a ser posible, de forma vergonzosa.

Nota y reflexión: La niña del bañador rosa y el niño de bermuditas floreadas, que con tanta doblez infantil han observado la adulta aventura, ¿serán tan majaderos, igual, menos, o superarán con creces en la tontería a sus progenitores, de forma que ahora ni imaginar podemos cuando lleguen a ser adultos, consumidores, y, en un cuarenta por ciento de posibilidades, funcionarios?

Silencio, sólo el sonido del pequeño oleaje arrastrando rítmicamente los chinos en la playa. Prisstchhchcsstichchs...Prisstchhchcsstichchs...

Que quien corresponda, si es que alguien tiene ese papel, nos pille confesaos, si es que por lo que sea nos tiene que pillar. Mientras tanto, ¡óbrese la gloria del Alcampo en el Mercaraiso por sus ibuprofenias! Y al que le duela que se tome un comprimido, o dos, de neopreno.